

Tres miradas interiores a Cáceres y sus cigüeñas

JUAN JOSÉ VENTURA FERNÁNDEZ
PERIODISTA

Existen en el mundo cientos de ciudades hermosas, pero todas ellas están en Cáceres y no se puede hablar de una residencia plena en este mundo sin haber pisado en alguna ocasión las centenarias piedras de sus calles. En ellas el viajero corre el riesgo -si se descuida- de pasar de turista a residente por poco que le seduzcan su patrimonio o su gastronomía, y tantas otras cosas que son el milagro cotidiano de una ciudad ahora en trance de

y disfrutar esta ciudad como yo hice a lo largo de mi existencia.

PRIMERA MIRADA: EL NIÑO

La primera vez que oí hablar de Cáceres yo era niño en Sevilla y fue por boca de un hombre mayor en una época en la que los abuelos explicaban de palabra el mundo a los pequeños y su primer contacto con la vida no se hacía por la televisión. Pepe El Panadero venía al patio de vecinos a traernos el pan y siempre paraba para echarse un cigarro y bromear con la chavalería que juga-

contara cosas de la guerra civil.

Desde la Garganta, pasando por Monesterio, y hasta llegar a Sevilla, Pepe El Panadero había establecido una ruta siguiendo la de la Plata, en la que nunca le faltó un chamizo o un chozo, un trago de vino, embutidos de tripa y un poco de pan, al menos mientras vendiera alguno de sus jamelgos.

Pero aparte de las penurias de la situación, siempre recordaba su alegría por llegar a aquella ciudad a sus ojos llena de piedras y palacios antiguos, pero sobre todo, con torres y campanarios re-

'crotoreo', sonido que hacen con los picos durante sus paradas nupciales y que recuerdan al antiguo majar del mortero de nuestras abuelas.

Cigüeñas y piedras en la bruma primigenia, perdidas en la imaginación de un niño. Ornitología y patrimonio histórico. Con ese interés forjé en mi cabeza una imagen idealizada de Cáceres durante mi niñez. A engrandecerla contribuyó un viejo maestro -curiosamente extremeño-, que me obligó a pintar un mapa de España y situar en él las riquezas de



"Siempre recordaba su alegría por llegar a aquella ciudad a sus ojos con torres y campanarios repletos de esas majestuosas cigüeñas". Una cigüeña con su polluelo en uno de los tejados de la plaza de Santa María de Cáceres.

ser Capital Europea de la Cultura en 2016. No le faltan méritos y capacidad para serlo, aunque en ese camino haya mucha tela que cortar.

Para acercarse a esta ciudad, Patrimonio de la Humanidad desde 1986, es conveniente emplear una óptica de lo pequeño, pero no reducida, ésa en la que las pequeñas cosas son la clave para entender la armonía del conjunto. Cualquier persona en cada momento de su vida puede acercarse

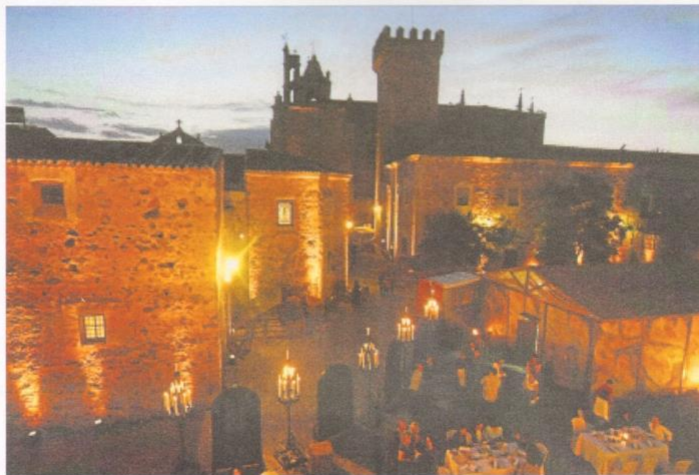
ba allí ajena a los vértigos del mundo.

En una ocasión me contó que la guerra le había pillado en Cáceres, en una época en la que se dedicaba a transportar mulos y venderlos por los pueblos extremeños. Eso de la guerra a mí me llamaba mucho la atención, porque era algo de lo que mis padres no hablaban o parecían querer evitar hacerlo. Por eso pedía siempre a aquel panadero que me

pletos de esas majestuosas cigüeñas que volaban desde África por san Blas y que se habían convertido, para él, en la señal de identidad de un espacio mítico en el que se encontraba a gusto, a pesar de lo duro de su trabajo.

Me contó que las cigüeñas "hacían gazpacho" a la hora de la siesta y yo no entendía muy bien a qué se estaba refiriendo con exactitud. Con el tiempo, me he enterado que a eso se le llama

cada zona. Me dijo que Extremadura era la 'despensa del país' y me hizo pintar sobre la provincia de Cáceres unas grandes cerezas, unas ovejas y un jamón. Y me alegré mucho porque -al ser una de las provincias con más extensión de España- me cupieron los dibujos de todas aquellas cosas. No pasó lo mismo con otras regiones, tan pequeñas y con tanta industria y altos hornos, en las que todo era un botón de colorines. ▶▶▶



"Cáceres a través de mis ojos de niño era un imaginario mundo de callejones oscuros, en los que caminaban caballeros de fortuna". En la imagen distintas estampas de Cáceres Evocado, representación de la época barroca y el medievo en la ciudad monumental, coincidiendo con el Festival de Teatro Clásico de Cáceres.

◀◀◀ El mapa estuvo el todo el curso en la pared de la clase, con sus colores chillones y el olor a tiza y a calefacción rancia, que nunca funcionaba. Cáceres por fin estaba situada en el mundo, aunque éste fuera sólo una gran cartulina pintarrajeada por unos niños que se desteñía al implacable sol andaluz. Al final de curso me llevé el mapa a casa y allí sigue desde entonces.

Aquel viejo maestro también nos explicó que la ciudad era un museo al aire libre, donde era posible sentirse un soldado medieval o un noble enriquecido tras la hazaña del Descubrimiento de América.

Cáceres a través de aquellos mis ojos de niño era un imaginario mundo de callejones oscuros, iluminados por antorchas, en los que caminaban caballeros de fortuna, hombres embozados y juglares que cantaban algún romance o coplillas de ciego ante la mirada de curiosos, de harapientos y de criadas de los señores feudales.

Pepe El Panadero se había vuelto por entonces más viejo, con la cara agrietada como un cuadro antiguo. Un día que estaba jugando solo en el patio de vecinos se acercó para darme un regalo. Aquel hombre despacioso que siempre olía a tabaco negro de-

positó en mi mano una argolla de caballeriza. "Me la traje de Cáceres, de un día que un mulo la sacó de la muralla. Algún día tú te harás un hombre y la llevarás allí, a su sitio", me dijo.

Guardé como algo muy querido aquella argolla oscura y enigmática, que debía tener muchos años y me hizo soñar muchas veces con una ciudad medieval envuelta en las brumas de mi mente infantil.

Creí, que es algo que no se puede evitar. Y busqué en la niebla de la vida alguna señal nueva. Los libros de historia y geografía del instituto no traían muchos datos, así que les pregunté a algunos profesores, que eran de Cáceres. Ellos me contaron muchas historias. Sus familias habían hecho un gran esfuerzo para que estudiaran fuera y ellos habían luchado y jugado un papel clave para acabar con la dictadura. El de Historia del Arte, que siempre usaba chaqueta de pana, me dio algún dato más mientras se colocaba el foulard al cuello.

Pinturas rupestres del paleolítico, puntas de flecha del neolítico, la cueva de Maltravieso, la Norba Caesarina del Arco del Cristo o la mal llamada estatua de la diosa Ceres, trasunto del genio de la villa, fueron las pri-

meras informaciones que me transmitieron entonces.

Me aprendí -de memoria, como se estilaba- que uno de los grandes momentos de la ciudad fue con Alfonso IX, en el siglo XIII, cuando se levantaron las principales casas nobiliarias en las plazas de Santa María y San Mateo.

Los libros traían unas reproducciones en cuatricomía muy malas, con los colores desajustados que no permitían hacerse una idea de lo que realmente era aquello. Pero ya no tenía que imaginar. Cáceres era una realidad, situada en el mapa de la geografía de mi corazón.

Al parecer, los Reyes Católicos hicieron que la mayoría de las torres de estas pequeñas fortalezas fueran desmochadas para quedarse solo en símbolos de nobleza y pujanza familiar.

Y, por supuesto, se hablaba de la "hazaña" en la conquista de América. Los extremeños que dejaron su impronta en el Nuevo Mundo descubierto como fray Nicolás de Ovando, Francisco Pizarro u Orellana, entre otros muchos, que demostraron -quizá por ser hijos segundones en sus respectivas familias- su valor y arrojo en esa gesta para la época.

Pasé por el instituto imaginando la ciudad durante los siglos XVII y XVIII, machacada por las

pestes, tras las guerras con Portugal y la expulsión de los moriscos, envuelta en la historia, como en una burbuja que la hubiera permitido conservar para siempre.

En el patio, cuando hablábamos de a dónde nos gustaría viajar todos decían Madrid, Barcelona o algún pueblo de la costa. Yo decía que a Cáceres. Y todos se reían porque pensaban que era una afirmación estrambótica.

SEGUNDA MIRADA: ADOLESCENTE

Un día mi padre me preguntó si quería ver de cerca las cigüeñas de las que tanto había oído hablar y conocer la ciudad de Cáceres. ¡Qué noticia! El corazón se me aceleró cuando me lo dijo. Yo estaba a punto de acabar mis estudios de bachillerato en Sevilla y sentía una fascinación adolescente por esas aves migratorias que frente a frente imponen con sus casi dos metros de alas y metro y medio de altura. Así que, aprovechando el puente del Día de Andalucía, cogimos el tren para que mis jóvenes ojos pudieran contemplar *in situ* todo aquello. Por fin iba a entrar en contacto con la ciudad, sin que me lo contara el abuelo panadero -que había muerto hacía poco y comprábamos el pan en la tienda- el maestro o los profesores. **Haré mi sueño realidad. ▶▶▶**



"Tras aposentarnos nos encaminamos a la plaza Mayor. Allí nos dieron un mapa con el que recorrer la Ciudad Monumental". Amba, unos turistas en la plaza de San Jorge consultan sus guías. A su lado, vista cenital de unos viajeros intramuros. Abajo, argollas para caballerías en los muros del Palacio de la Generala.

◀◀◀ Cáceres vino entonces pura, como un amante fiel que me hubiera estado esperando desnuda en la noche, desde el día que nació.

La época era propicia para el avistamiento de cigüeñas, a finales de febrero, en pleno frenesí reproductor.

Tras un interminable viaje en tren nos hospedamos en el Hotel Extremadura, en la avenida Virgen de Guadalupe.

El día había amanecido despejado a pesar de ser febrero y en el aire había esa magia que flota cuando vas a hacer un descubrimiento vital. Tras aposentarnos nos encaminamos a la plaza Mayor. Allí nos dieron un mapa con el que recorrer la Ciudad Monumental. El cielo lucía uno de esos azules puros trufados de perfectos algodones, en medio de un ligero relente. Yo, en un

bolsillo, llevaba la argolla que el viejo panadero me entregó un día y que apretaba con fuerza, sintiéndola fría y palpitante a la vez como un corazón.

Ingresamos a la ciudad vieja por el Arco de la Estrella, una maravilla abocinada para el paso de carruajes que me llamó la atención. Además, en algunas piedras de sus muros y adarves era posible contemplar restos de fósiles de plantas. Aquello fue para mí como palpar de verdad la historia, sin libros.

Plaza de Santa María, de recogimiento y sencillez; plaza de Santiago, sabor popular; plaza de san Jorge, ante el patrón de la ciudad junto a la iglesia de la Preciosa Sangre; emocionante cuesta del Marqués, sobrio arco del Cristo, limpia ermita de san Antonio, callejón de Don Álvaro, casa del Sol, plaza de San Mateo,

plaza de las Veletas, donde visitamos el museo y el aljibe, plaza de Santa Clara y otras tantas que llenaron nuestras retinas de imágenes que se quedarían cinceladas en nuestros recuerdos eternamente.

Y nos hablaron de las leyendas de la ciudad, de esa princesa enamorada que acabó convertida en gallina junto con sus criadas por un conjuro tras permitir la entrada del capitán leonés que reconquistó la ciudad.

También supimos del tremolar del pendón, que realiza cada año el concejal más joven y que fue restaurado personalmente por la propia Isabel la Católica, quien también hizo posible que el agua llegara a los humildes huertos de la ciudad tras consumir una manzana producida en ellos.

Lo cierto es que todo parecía ser mágico en aquel enclave pasado por el tamiz de mis ojos adolescentes. Junto a mi padre, en aquella mañana luminosa de mi juventud, fui a la concatedral de Santa María, a la iglesia de San Mateo, de Santiago y al Santuario de la Virgen de la Montaña, allá en lo alto, donde la patrona de la ciudad recibe la devoción incuestionable de los cacereños, siendo protagonista de multitud de anécdotas. La que más nos impactó es aquella en la que el alcalde republicano Antonio Canales le dedicó un último "viva" antes de ser fusilado. A Pepe El Panadero le hubiera encantado oír esto. Las subidas y bajadas de la patrona desde su alejado santuario marcan la vida de la ciudad a lo largo del año, al margen de creencias religiosas.

Y claro que vimos cigüeñas: en el Palacio de los Golfines de Abajo, sobre las casas de la plaza Mayor, en el palacio de los Toledo-Moctezuma... Todas las parejas entrelazaban sus cuellos de forma característica, echando la cabeza hacia atrás, y tocando después sonoramente sus picos en sus ciclópeos nidos hechos con ramas y trapos.

Los viandantes no daban importancia a este prodigio diario, sólo los turistas -como éramos mi pa-

dre y yo- nos sorprendíamos ante esa liturgia fantástica que parecía sacada de un documental de la BBC, pero que se ofrecía gratuita para nosotros.

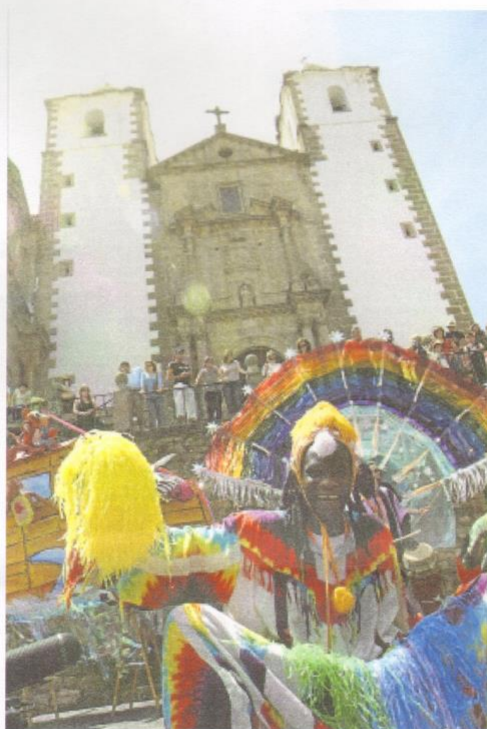
Hubo muchas emociones aquel día y suculenta recompensa gastronómica en los restaurantes de la ciudad, donde dimos buena cuenta de viandas como tencas con jamón, Torta del Casar, frite de cordero y Técula Mécula, según puedo recordar ahora. Al día siguiente, por la noche, cogimos el tren que nos llevaría de vuelta a Sevilla. Por fin había logrado mis anhelos. No sabía entonces que lo mejor aún estaba por venir.

TERCERA MIRADA: EL ADULTO

Y Cáceres volvió a mi vida de nuevo, como esas amantes insistentes que han descubierto los secretos del amor con uno y que repiten en el tiempo con el deseo de volver a vivir esa grata experiencia primera. Sin buscarlo, algunos años después, surgió la oportunidad de trabajar allí, en la ciudad soñada. Ya comenzaba a ser adulto y sentía la necesidad de arreglármelas solo. Miel sobre hojuelas.

Y volví a reencontrarme con Cáceres un caluroso mes de julio y la ciudad llena de turistas y veraneantes. Fui muchas veces a recorrer la parte antigua, como aquí la llaman. Me convertí en un viajero más al que la ciudad acaba atrapándole hasta obsesionarle. La recorrí una y otra vez. Hice hasta todas las visitas guiadas que programaba el Patronato de Turismo. Penetré en los palacios que podían visitarse. Muchos nuevos amigos de Cáceres se brindaron a mostrarme los recovecos de la ciudad y a sentirme un habitante más. Y lo conseguieron.

Un día -tras muchas horas de deambular por sus calles- encontré en los muros del Palacio de la Generala el hueco donde la argolla para atar caballerías que me dio Pepe El Panadero encajaba perfectamente. Allí la puse y permanece desde entonces. Su deseo se cumplió y mi vida dio un vuelco total. ▶▶▶



"La quema del dragón por san Jorge, la exposición de Foro Sur, el Festival Womad o el de Teatro Clásico son momentos que aprovecho para invitar a mis amigos de la infancia". Sobre estas líneas, pasacalles del Festival Womad con la iglesia de la Preciosa Sangre al fondo. A su lado, tradicional quema del dragón el día de San Jorge, patrón de la ciudad. A la derecha, público asistente a un concierto en el recinto hípico y ambientación nocturna del mercado medieval en las Veletas.

«Hubo muchas emociones aquel verano iniciático. La primera de ellas fue ver a los Dire Straits en directo en el estadio Príncipe Felipe. Mientras Mark Knopfler hacía su solo de guitarra en *Sultans of swing* creí llegar al éxtasis sensorial.

Ahora veía la ciudad con ojos nuevos. No es que el patrimonio y los museos ya no me atrajeran, pero empezaron a formar parte de la rutina. La belleza de aquellos espacios estaba ante mí día a día y seguramente por eso no me sentía enfermo del mal de Stendhal.

Y entonces percibí la ciudad con su perfecta dimensión humana, desnuda y mía para siempre, un espacio en el que no tenía que coger varios autobuses para llegar al centro, en el que todo está a tiro de piedra, lejos del agobio urbanita. Aquí todo está hecho a medida del hombre y no al revés.

La ciudad -además de sus 150 parejas de cigüeñas que siempre perseguía con la mirada- tenía por entonces una gran oferta de ocio popular. La calle Pizarro era un hervidero de locales donde turistas, viajeros y moradores -yo ya me iba convirtiendo en uno de ellos- podían contemplar exposiciones, conciertos y disfrutar de diversas manifestaciones *underground*. De la Torre

de Babel fui un asiduo parroquiano. Allí el cantautor de Berzocana Luis Pastor grabó un disco en directo en medio de los aplausos de los estudiantes y vecinos que siempre llenabamos aquel fraterno espacio lleno de inquietudes y humo de tabaco. El Corral de las Cigüeñas es otro garito en forma de armonioso patio circundado de yedra en la ciudad monumental que todavía está en activo. Allí todavía acudo con mis colegas para rememorar cuando el cantante Pedro Guerra, que por entonces era desconocido, dio unos conciertos memorables bajo las palmeras y el verano que se acababa.

Hice muchos amigos en esta ciudad de gran inquietud por la cultura. Y decidí quedarme en ella para siempre, atrapado por sus encantos. En la plaza Mayor el café teatro La Machacona era el espacio donde llegaban las últimas olas de la llamada Movida Madrileña. Hasta se puso en marcha un festival de cine promovido por simples espectadores que celebró allí algunas de sus primeras galas y que en la actualidad tiene un gran relumbrón. Hasta Pedro Almodóvar se dio un garbeo por allí para recordar su paso por la ciudad cuando era niño y nos tomamos con él unas copas hablando de cine. Porque en Cáceres, al contrario

que en las grandes ciudades, los artistas y las personalidades se sienten como en casa y uno se puede acercar a ellos y saludarles sin que se sientan cobijados.

Pero también la cultura comenzó a tener en Cáceres una dimensión macroscópica. El Gran Teatro se restauró y ahora el Auditorio se adapta a Palacio de Congresos.

Llegué a la ciudad con una maleta atada con cuerdas y varias cajas de cartón que con el tiempo han crecido en las diferentes mudanzas. En dos décadas he comprobado la amabilidad de sus gentes y la cercanía de sus barrios: San Blas, Moctezuma, Centro, Fratres, Mejostilla, Madriila, Nuevo Cáceres...

A lo largo de estos cuatro últimos lustros Cáceres me fue atrayendo y por más que quise autoconvencerme de que podría volver a mi tierra en cualquier momento ya era demasiado tarde. Contribuyó a esta trampa vital el que todo el año había algo interesante por vivir, como su Semana Santa -con el más alto reconocimiento que puede darse a una manifestación de este tipo- me recordaba a la mía, aunque con un Cristo Negro de inspiración medieval que sobrecogía en la silenciosa noche de la ciudad antigua. La quema del dragón por san Jorge, la exposición de

Foro Sur, el Festival Womad o el de Teatro Clásico son momentos que aprovecho para invitar a mis amigos de la infancia y que comprueben que lo que les digo sobre Cáceres es verdad, que esto no es un cuento de un andaluz exagerado.

Ahora tengo 40 años y soy adulto. Cáceres ya no es para mí la ciudad agreste y mía de la que me hablaba en la infancia aquel panadero sevillano, ni un tópicos mapa escolar decorado con cerezas y jamones. Es más. Aún necesita un empuje que le dé el reconocimiento que se merece. Ese plus tenemos que dárselo cada día las personas que amamos esta ciudad. Hay que poner a Cáceres en el mundo y también dejar que el mundo ponga a la ciudad en su sitio, por patrimonio y por actividad cultural.

Yo llegué aquí hace veinte años atraído por un relato infantil de cigüeñas y piedras antiguas, buscando la belleza y un lugar donde colocar la argolla que me dio Pepe El Panadero. Ahora ya es muy tarde como para dejarme seducir por otros cantos de sirenas. Aquí me gustaría morir suavemente contemplando el vuelo de unas aves blanquinegras que hablan de los ciclos del mundo y que tienen la fortuna -como yo- de habitar en un espacio declarado patrimonio del ser humano para siempre.